



NUESTRA CALLE

J.L.S.

*Es una calle chiquita
En la que apenas si caben
Docena y media de casas
De tres plantas de levante,
Que en conjunto albergarán
Unos cientos de habitantes.
Es una calle en declive,
Que en la Plaza Mayor nace.
En donde tienen su origen
Las viejas rúas radiales.*

*Es una calle modesta,
Con pocos escaparates,
Sin comercios ostentosos
Ni llamativos portales:
Sin blasones en fachadas
Ni miradores volantes:
Una calle en la que habita
Ciudadanía «currante»:
Jornaleros y empleados,
Tenderos y menestrales.*

Amas de casa que cuidan
Con esmero sus hogares:
Viudas cargadas de penas,
Solteras, mozos, chavales..
¡Y, presidiendo la escena,
Una alpargata gigante,
Todo un símbolo alusivo
Al sufrido paisanaje!

«Santa María» es su nombre
En paladino romance:
«Santa María Kalea»,
En nuestra lengua entrañable.
Desde hace algunos años
Los «oriundos» de la calle
Celebramos nuestra fiesta,
En común, a nuestro aire,
Alrededor de una mesa
Con sustanciosos manjares.
Y es que siendo renterianos
—Condición bien estimable—
Un nexo más singular
Vincula a «los de la calle»:
Por eso de haber nacido
En aldeaños parajes:
Por haber crecido juntos
Soñando bellos afanes
(Y haber jugado «a canicas»
En la «erreka» de desagüe):
O por haber convivido
En recintos familiares
Contiguos o superpuestos
—Humildes, inolvidables—
Que aún nos traen ecos
De la voz de nuestros padres...

Es una cita gozosa:
«Kalebatekos» cabales
Vuelven a verse las caras
Y recuerdan viejos lances.
Casi todos peinan canas
—Lacios restos capilares—:
Algunos ostentan calvas
..Como paisajes lunares.
Y los hay de buena facha
..En función de sus edades.
¡La alegría del encuentro
Torna los rostros radiantes!
La memoria se reaviva:
Brotan nostalgias dispares,
Surgen recuerdos lejanos
Y sucedidos distantes,
Mientras nos «cala», sutil,

La magia de «nuestra calle».
Se cuentan y no se acaban
Rancias historias banales,
Y platican largamente
Los Ecenarro y Landache,
Alchu, Hospitaler, Iceta,
Salaverriás y Larre,
Múgica, Otegui, Zubía,
Olascoaga y Garayalde,
Marín, Adúriz, Barrera,
Y otros varios circunstantes.
Y saltan a la palestra,
Al conjuro de «la calle»,
Nombres de «kalebatekos»
Que no pudieron sumarse:
Y se citan los Retegui,
Michelena, Pozo, Ibáñez,
Gil, Elicegui, Basurto,
Alzugaray y Fernández,
Urigoitia y Jiménez,
Brusin, Urcola, Lasarte,
Los Herrera y Oyarzábal,
Y Alonsos y Villarreales
(Y más y más convecinos
Que se escapan al detalle).

Esta fue la croniquilla,
Chapucera, de un mal vate,
Que quiso dejar constancia
—Llanamente, sin alardes,—
Del «tirón sentimental»
De la calle en que se nace,
En que se arraiga de veras
O en que murieron los padres.
El cronista vive ausente,
Hace tiempo, de sus lares,
Y al pueblo retornará
En las fiestas patronales.
Antes de ir a la ermita,
Para «escoltar» a «Madalen»,
Recorrerá, en silencio,
«Santa María», su calle.
Rumiará tiempos pasados,
Dichas y calamidades:
Y sentirá, de seguro,
Que se le erizan las carnes,
Notando que allí perduran
Permanentes, sus anclajes.

Luego, al doblar la calzada,
En la esquina de «Kanthale»,
Elevará una plegaria
Por «los muertos de su calle».